

TEMORES Y ESPERANZAS

Primer domingo de Adviento

29 de noviembre de 2009

Angustia, locura, desaliento, miedo y ansiedad. Quienquiera que oiga mencionar estas cinco palabras, pensará en un panorama desolador. Y tal vez imaginará el estado de depresión en el que se encuentra quien las pronuncia. Seguramente no sentirá muchos deseos de encontrarse con esa persona.

Si somos sinceros, hemos de reconocer que muchas gentes viven este momento de la historia con una gran inquietud. En primer lugar, ante los fenómenos naturales, que con frecuencia siembran la desolación sobre amplias regiones de la tierra. Y, sobre todo, ante la conducta de muchos hombres que parecen olvidar su dignidad.

Esas trágicas palabras mencionadas al principio aparecen en el evangelio de este primer domingo del nuevo año litúrgico (Lc 21. 25-36). Durante doce meses iremos leyendo los textos del evangelio de San Lucas, al que el Dante llamaba “el escriba de la mansedumbre de Cristo”. Pero esta primera lectura parece más bien inquietante.

De hecho, este texto evangélico nos lleva a imaginar los temores de las gentes ante una especie de cataclismo que ha de sacudir las tierras, los mares y los cielos. Hoy conocemos el estilo literario que caracteriza este anuncio. Y sabemos que, a pesar de la forma, un tanto catastrofista, se trata de un “evangelio”, es decir, de una buena noticia.



SEGURIDAD Y SOBRIEDAD

Jesús no trata de amedrentar a nadie. ¿En qué consiste esa “buena noticia” que dirige a sus discípulos? Seguramente se pueden descubrir al menos tres planos.

El discurso del Maestro parece tener un primer aspecto que podríamos llamar cósmico. Con él pretende ante todo recordar a sus discípulos la caducidad de todas las cosas y de todas las estructuras humanas. Se nos dice que “hasta los astros temblarán”. Nada permanece para siempre. Lo que parece darnos seguridad se tambaleará ante nuestros ojos.

En segundo lugar, el discurso de Jesús es evidentemente cristológico. Es cierto que nos habla de las cosas, pero nos revela, sobre todo, el poder y la majestad del Señor. Venir sobre una nube significa participar de la gloria de la divinidad. Las nubes, que simbolizan la presencia de Dios, son el trono de Jesús en su manifestación final.

En tercer lugar, el discurso del Señor contiene una exhortación moral inolvidable. Sus discípulos han de vivir en paz y sin temor. Para los que le siguen y le aman todo lo que ocurre es un anuncio de liberación. Pero los que le siguen han de mantener la sobriedad necesaria para poder advertir las señales que anuncian la verdadera liberación.

VIGILANCIA Y ORACIÓN

“Estad siempre despiertos, pidiendo fuerza para escapar de todo lo que está por venir y manteneos en pie ante el Hijo del hombre”. Esa frase con la que concluye el evangelio de hoy es una advertencia para los creyentes de todos los siglos. También para nosotros.

- “Estad siempre despiertos”. Superar la modorra del sueño y vigilar día y noche significa luchar contra la angustia y los fantasmas que nos atemorizan. No podemos desanimarnos ni desorientarnos. La vigilancia nos ayuda a superar la rutina, pero también la ebriedad que produce el abuso de los bienes y placeres de este mundo.

- “Manteneos en pie ante el Hijo del Hombre”. Mantenerse en pie es lo que se espera

del centinela que otea el horizonte. En este caso, la vigilancia va unida a la oración. Vigilar y orar fue la consigna del Señor a sus discípulos en el Huerto de los Olivos. La vigilancia y la oración nos mantienen atentos a Dios y a las necesidades de sus hijos, nuestros hermanos.

- Ven, Señor Jesús. En medio de las dificultades de este mundo, esperamos tu manifestación. Que nuestra esperanza se haga fuerte en la oración y perspicaz en la atención a los signos de los tiempos. Amén.

José-Román Flecha Andrés